

Felipe B. Pedraza Jiménez
(coordinador)

Manual de literatura hispanoamericana
VI. La época contemporánea: prosa



Javier de Navascués



Cénlit Ediciones

tiene su reflejo en novelas como *Los compañeros* (1976) de MARCO ANTONIO FLORES (Guatemala, 1937).

4.4.1.2. Augusto Monterroso

Aunque nacido en Tegucigalpa (Honduras) en 1921 y radicado en Méjico durante muchos años, Augusto Monterroso es considerado escritor guatemalteco. Entre sus ancestros por vía paterna se encontraba un general ilustrado, protector de las letras; su padre fundó varios periódicos y revistas, empresas en las que no siempre fue muy afortunado. Por motivos de trabajo su familia vivió siempre a caballo entre Honduras y Guatemala, hasta que en 1936 se establecieron en este último país. Augusto fue siempre un niño retraído, debido en buena parte a su pequeñez física que le incapacitaba para los deportes. Con el paso del tiempo y la llegada de la fama, la figura diminuta de Monterroso se ha convertido en un entrañable estereotipo del escritor guatemalteco. Éstos y otros detalles han sido recreados irónicamente en su libro de memorias, *Los buscadores de oro* (1993).

En 1944 participó en las manifestaciones contra la ominosa dictadura de Jorge Ubico. A la caída de éste, fundó con unos amigos un periódico de oposición al nuevo gobierno, *El espectador*. Por tal motivo fue encarcelado, pero logró escapar a Méjico. Todavía volvió a su país con motivo de la llegada al poder de Jacobo Arbenz, quien lo envió como diplomático a Bolivia. Pero, tras la invasión norteamericana, volvió a exiliarse. Primero fue a Chile, donde conoció a Neruda, y, por fin, a Méjico, donde transcurrió toda su vida literaria. Falleció en Ciudad de Méjico en 2003.

Sus libros de ficción son escasos, lo que, por cierto, se ajusta bien al modelo de escritura predicado por Monterroso: brevedad y concisión son los valores que lo han llevado a ingresar en el canon de la literatura hispanoamericana. Así pues, los títulos de sus libros de cuentos son: *Obras completas (y otros cuentos)* (1959), *La oveja negra y demás fábulas* (1969), *Movimiento perpetuo* (1972) y *Lo demás es silencio* (1978). Además, es autor de volúmenes de prosa no ficcional como *La palabra mágica* (1983), *La vaca* (1998) y *Pájaros de Hispanoamérica* (2001), un intento de diario titulado *La*

letra e (1987) y el libro de memorias ya citado, *Los buscadores de oro*. En la mayoría de estos casos, puede hablarse de textos híbridos, de ambigua clasificación, como en las misceláneas renacentistas. En Méjico hay antecedentes de esta clase de libros en Julio Torri o Alfonso Reyes [Noguerol: *Teel*].

Desde los años ochenta en que su obra ha ido difundiéndose por todo el mundo hispánico, el prestigio de Monterroso no ha dejado de crecer. Entre los galardones más importantes recibidos por Monterroso se encuentran el Villaurrutia en 1975, Juan Rulfo de 1997 y el Príncipe de Asturias de 2000.

De Monterroso se ha dicho, hasta la extenuación y con inexactitud, que es autor del cuento más breve del mundo: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». El minicuento de Monterroso ha generado incluso una curiosa edición «crítica» que compendia los muchos minicuentos que han imaginado bastantes escritores a partir del suyo, aparte de una nutrida bibliografía sobre las siete palabras escritas por Monterroso [Zavala: *Eda*].

Pero el valor de un minicuentista, como es obvio, no descansa sólo en la condensación, hasta el enanismo, de la materia narrativa. La calidad y el estilo singular de Monterroso residen, más bien, en una serie de cualidades inconfundibles: su capacidad para la sátira, el ingenio en la parodia o la ironía enmascarada de un falso candor con que presenta sus ficciones. El tomo dedicado a las fábulas, fácilmente emparentable con el *Bestiario* de Arreola, tiene un tono ingenuista y sarcástico muy personal. Leamos, por ejemplo, la fábula de *La oveja negra*:

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura. [Monterroso: *Cfds*, 179]

Como puede apreciarse, un lúcido escepticismo moldea este pequeño apólogo que descrece de la capacidad del ser humano de aprender de sus propios errores a lo largo de la historia. Esta desconfianza fundamental frente a las capacidades del individuo explica el carácter satírico de toda su obra, como ha estudiado Noguero [Lts]. Muchos son los blancos apuntados para la sátira. Uno de ellos destaca en una obra, por lo demás, profundamente autorreflexiva: la literatura misma, en la medida que puede generar en torno a ella pequeñas o grandes vanidades y otros vicios ocultos. *Lo demás es silencio*, por ejemplo, es un libro hilarante compuesto de los falsos recuerdos de un ficticio hombre de letras, personaje vacío y ridículo como todos los que se han movido en torno a él. En otro relato, *Cómo me deshice de quinientos libros*, el narrador confiesa que trató en vano de desprenderse de esa cantidad de volúmenes, «no por lo que representaran espiritualmente para mí, sino por el coeficiente de menor prestigio que los diez metros de estanterías llenas iban a significar» [Monterroso: *Cfds*, 128]. La lista final de obras detestables rezuma ironía por todos lados, e incluye métodos para descubrir manantiales, estudios norteamericanos sobre literatura latinoamericana, libros sobre política, sobre erotismo (previa conservación de las ilustraciones), métodos para adelgazar (pocos), para dejar de beber (muchos), etc. Una lista tan caótica puede recordar uno de los recursos favoritos de Borges. La comparación con el escritor argentino, uno de los maestros confesados por Monterroso, no es casual. En realidad, bajo la aparente sencillez o el humorismo disparatado de su prosa, los textos del escritor guatemalteco, mencionan o aluden a numerosos escritores hispanoamericanos y de la literatura occidental. Como resume ingeniosamente Carlos Fuentes: «Imagine el fantástico bestiario de Borges tomando té con Alicia. Imagine a Jonathan Swift y James Thurber intercambiando notas. Imagine a una rana del condado de Calaveras que hubiera leído realmente a Mark Twain: he aquí a Monterroso» [Fuentes, cit. en Monterroso: *Cfds*, 361].

4.4.2. Nicaragua

En los años sesenta, Nicaragua, tierra pródiga en poetas, conoce algunos narradores destacables. Uno de ellos es

FERNANDO SILVA (1927), muy popular con sus cuentos escritos sobre la base del habla nicaragüense: *De tierra y agua* (1956), así como con su novela autobiográfica *El comandante* (1969). Por esa época publica también ROSARIO AGUILAR (1938), novelista de temática femenina en *Aquel mar sin fondo y sin playa* (1970). También es importante citar a LISANDRO CHÁVEZ ALFARO (1929), ganador del premio Casa de las Américas de cuentos con *Los monos de san Telmo* (1963). Este libro llamó la atención en su día por su afán experimental, muy en la línea del *boom*. Más tarde publicó otros relatos en *Trece veces nunca* (1977), *Vino de carne y hierro* (1993), etc.

SERGIO RAMÍREZ (Masatepe, 1942) es, sin duda, la figura más notoria de la prosa de ficción nicaragüense y una de las más prestigiosas de América Central. Durante su juventud formó parte de la oposición sandinista, lo que le llevó al exilio en Costa Rica. Con el triunfo de la revolución de 1979, fue nombrado para diversos cargos oficiales hasta llegar a la vicepresidencia del país en 1984, puesto que ocupó hasta 1990. Desde entonces su dedicación a la literatura ha sido mucho más intensa. Como ensayista ha publicado libros como *Balcanes y volcanes* (1982), o *El pensamiento vivo de Sandino* (1974), un referente ideológico del sandinismo revolucionario. Además, se ha interesado por el relato testimonial en *Mariano Fiallos* (1971) o en *La marca del Zorro. Hazañas del comandante Francisco Rivero Quiroga* (1989). Este último se basa en una larga entrevista con un conocido líder de la guerrilla. Este tipo de narraciones enlaza con una serie de libros muy populares en los años ochenta como *Me llamó Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* de ELIZABETH BURGOS, o *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* de OMAR CABEZAS.

Aunque ha publicado bastantes cuentos, es en la novela donde Ramírez ha descollado verdaderamente. *Tiempo de fulgor* (1970), la primera de su producción, se ubica en la ciudad nicaragüense de León en pleno siglo XIX. Ya en esta primera novela Ramírez muestra su preferencia por la estructura de historias entrelazadas, así como por la búsqueda de la verosimilitud histórica mediante la inserción de crónicas, documentos, cartas, etc. En *¿Te dio miedo la sangre?* (1977)